

## Lo hice por amor

De nuevo, el gorrión compañero de confinamiento pide su ración de magdalena. Le echo unas migajas en el alféizar de la ventana y permanezco unos instantes observando a lo lejos la Torre Eiffel por encima del Bosque de Boulogne, mientras Azucena sirve una taza de té para proseguir con nuestra charla.

—Me viene ahora a la memoria el primer y difícil día que aplicamos el famoso “protocolo” eutanásico. Fue ni más ni menos que a Patrick, enfermero jefe y buen compañero de trabajo en aquel año de 1976. Rondaba los cincuenta y tres años, y era afable y un bromista incansable. “Tienes que acostumbrarte a ver heridas de accidentados”, me decía al principio, mientras curaba un dedo medio destrozado, chorreando sangre, para que el cirujano procediera a repararlo. Otro día lo acompañé por primera vez a la morgue para amortajar a un fallecido, que en nuestro hospital solía ser por lo general una persona mayor operada de cáncer.

Yo lo observaba, sorprendido de ver cómo al estirar la sábana hacía varios pliegues decorativos, como en acordeón, luego entrelazaba las manos al cadáver, como si rezara, y terminaba dándole una palmadita cariñosa en el rostro céreo. Me decía: “Mira qué guapo ha quedado”. Y, solemne, a los pies de la cama, cerraba la ceremonia con una oración, se santiguaba y simulaba esparcir el agua bendita con el hisopo. Yo sonreía y le decía que el hospital había captado un excelente sanitario, pero que la iglesia había perdido un gran sacerdote, y él, complacido como un niño, reía a

carcajadas. Era su natural forma de ver la vida y espantar los fantasmas de la muerte.

Su fallecimiento me impactó mucho, no sólo por cómo se produjo el desenlace, sino también porque había compartido con él momentos delicados respecto a su intimidad durante el postoperatorio.

Un día me pidió que por favor le realizara la cura en la zona del recto amputado, tras ser intervenido de cáncer colorrectal. Hube de hacerme el fuerte y tragar saliva con discreción, sabiendo que no iba a ser nada agradable. Se tumbó en la camilla, sujetando la bolsa de colostomía pegada al vientre, y descubrí la zona enrojecida y acartonada donde ya no existía el ano. Comencé a desinfectar y retirar las costras producidas por la radioterapia antes de aplicar una pomada. Mi silencio delataba mi estado de ánimo y él se dio cuenta. “Víctor, no sufras; son avatares de la vida, y cuando llegan mal dadas no cabe achicarse”, dijo en tono sereno, intentando animarme él a mí.

Esas palabras se me quedaron grabadas, y de hecho las he utilizado en estos meses, querida Azucena, para eludir el fantasma de la pandemia.

Meses después, su piel tomó un color amarillento. *Monsieur* Renard dijo delante de todos, incluido el propio Patrick, que seguramente se le había obstruido la vesícula biliar y que era preciso operar. Pero la realidad fue mucho peor, pues resultó que el hígado había sido invadido por metástasis. Su vida era cuestión de escasas semanas, meses a lo sumo. El cirujano le entregó un frasco con una docena de cálculos de otro paciente para hacerle creer que eran suyos, y que, por tanto, su estado mejoraría notablemente.

Lógicamente, la ictericia se acentuó, y el pobre Patrick sufría unos horribles dolores únicamente calmados por la morfina, cuya dosis había que aumentar a diario. Permaneció encamado semanas, viendo cómo su salud se deterioraba de día en día. Su mujer preguntó al cirujano cuánto tiempo le estimaba de vida. “Difícil de pronosticar, ¿dos semanas, tal vez tres?” —dijo, poniéndole delicadamente la mano en el hombro.

“Y ¿no podría usted...?” —murmuró ella con voz trémula. “¿Se refiere a acortarle el sufrimiento?”. “Eso es, doctor. El suyo, el mío y el de nuestra hija”. *Monsieur* Renard cruzó los brazos y sujetó su barbilla con una de las manos. “Es una decisión delicada, pero considero que es inhumano dejarlo sufrir..., para nada. Le voy a ser claro, *madame* Chevalier, la única alternativa es aplicar la eutanasia activa, ¿entiende lo que quiero decir?”. Ella asintió con la cabeza y le dijo que hiciera lo que estuviera en sus manos.

El cirujano, tras quedar unos largos segundos pensativo, dijo: “Hoy mismo, sobre las nueve de la noche, le doy la consigna a la enfermera para que prepare el kóctel”, dijo mientras permanecía con un semblante grave, inmóvil, ante ella, con los brazos cruzados, detallándole los pasos a seguir.

En el exiguo cuarto, al final del pasillo, donde las enfermeras preparaban los tratamientos y redactaban las incidencias, la enfermera Cathérine preparó a la hora indicada la medicación en la botella de suero y conectó el sistema de goteo, aunque le hizo saber al cirujano que ella no estaba dispuesta a aplicársela. “No estoy preparada psicológicamente, doctor. Es un compañero de muchos años, casi como un hermano” —dijo sin mirar al cirujano, que apretó los labios.

El médico reunió a las tres enfermeras de la planta para preguntar y solucionar aquel asunto. La duda se adueñó de ellas, sabedoras de la necesidad de acabar con el sufrimiento de su compañero, pero con la angustia ante la dificultad de dar ese paso. Se palpaba la tirantez entre ellas, y cada cual argumentaba su renuncia, animando a la otra a dar el paso que ella no quería dar.

Afuera, en la oscuridad de la noche, tan solo mitigada por dos farolas, reinaba el silencio en la pequeña calle que bordeaba el centro hospitalario, roto de tarde en tarde por algún vehículo o el ladrido de algún perro que paseaba su dueño. El ajetreo de la jornada se había aplacado hacía ya un buen rato. El teatro de la vida corría de nuevo el telón.

Desde la ventana de aquel cuarto, en el segundo piso, yo observaba distraído la persistente llovizna que la suave brisa rizaba al trasluz de la farola, invitando a reconciliarse en la paz de la noche bajo un sueño reparador. *Madame* Bouvard se asomó al balcón del chalet de enfrente para cerrar las contraventanas y me dio las buenas noches con la mano, saludo al que correspondí, como de costumbre. El sauce de su jardín lloraba hojas cobrizas.

En el pequeño cuarto continuaba la tensión entre las enfermeras. “¿Por qué no le pones el suero, tú que eres soltera?” —preguntó Cathérine a Sylvie. “¡Anda!, ¿y que tiene que ver que sea soltera?”, le replicó ésta. Que se lo ponga Helène, que ha tenido menos roce con él que nosotras”. “Ah, no; no es mi paciente”, justificó Helène. “Pero somos compañeras para todo”, argumentó Cathérine.

Y en ese tira y afloja, el tiempo pasaba sin llegar a un acuerdo. Se hizo un largo silencio mientras las tres miraban la bandeja sobre la que descansaba el frasco que contenía la medicación a administrar. Fue entonces cuando Cathérine, la enfermera más veterana, de unos

cuarenta años, la más cercana a Patrick en lo afectivo, visiblemente enfadada con sus compañeras por la escasa colaboración, tomó el recipiente en sus manos y exclamó: “Todas estamos de acuerdo en que lo mejor para él es que deje de sufrir, pero no hacemos nada para ello. ¡Somos unas cobardes!”. Acto seguido me tomó de la mano y me dijo: “Vente conmigo, Víctor”, me suplicó con las lágrimas al borde de los ojos. Se las enjugó con un pañuelo, se estiró la bata blanca y el delantal, y se cercioró de que el esparadrapo, las tijeras y la pinza Kocher estuvieran en el bolsillo del mandil. Me tomó del brazo, sujetando con el otro la bandeja, y en un ademán decidido y resuelto, como el soldado que avanza en la primera línea de fuego, exclamó: “¡Víctor, vamos tú y yo! ¡Merde!”.

Cuando entramos en la habitación, Patrick dormía, aunque se despertó al colocar la bandeja en la mesita. “¡Hola!, ¿qué hacéis aquí?”, dijo, medio sobresaltado y algo confuso. Luego se relajó y añadió: “Soñaba con los angelitos. Estaba tan a gusto que no quería despertarme”. “Qué suerte tener esos sueños. Vamos a ponerte un suero, Patrick”, dijo Cathérine esbozando una sonrisa para fingir naturalidad. Muchas veces he pensado en ese “soñar con los angelitos” como recurso del cerebro para edulcorar la muerte.

Entonces comenzó una especie de interrogatorio. Patrick preguntaba qué era ese suero, y Cathérine respondía que para inyectar el analgésico. Pero él retorció los labios, incrédulo. Mi compañera arguyó que estaba algo deshidratado y que el suero le vendría bien, según había indicado *monsieur* Renard. Luego Patrick me dejó sin aliento cuando dijo, apuntando al frasco: “No hace falta que finjáis. Sé lo que andáis tramando”. Cathérine tuvo el aplomo de soltar una carcajada para enmascarar la terrible tensión: “¡Mira que eres tonto, Patrick!”, le dijo con afecto.

Una hora antes su mujer e hija se habían despedido de él. “Hasta mañana, cariño, que duermas bien”, le dijeron como cada noche, y después acudieron al puesto de enfermería para darnos las gracias con un apretón de manos efusivo.

Cathérine insistía para que estirara el brazo: “Venga, colabora Patrick, no te hagas el remolón”. “Te digo que no, Cathérine”. “Por favor, Patrick, sabía que los bretones sois testarudos, pero no creía que tanto”, le dije en un tono afectivo y de reprimenda a la vez. “Más o menos como los españoles”, replicó intentando esbozar algo similar a una sonrisa. Parecía un juego entre el gato y el ratón, si no fuera por la gravedad del momento. Cathérine aprovechó nuestra conversación para colocar la aguja en el sistema de suero y estirar su brazo.

Pero él seguía resistiéndose. Mi compañera me hizo señas con la cabeza para que le tomara la mano mientras ella colgaba la botella del suero. De pronto soltó un fuerte “¡ay!, me hacéis daño”.

“Lo siento, Patrick. Tienes la mano muy caliente”, le dije intentando desviar su mirada, de nuevo fija en la botella. “Es natural, todavía no estoy muerto”, respondió esbozando una sonrisa que me desconcertó, “aunque no sé si esto durará mucho”, concluyó. Me parecía ver el Patrick socarrón cuando bromeaba sobre la muerte, y cuando en la morgue me dijo ante un fallecido: “Has visto qué guapo ha quedado, Víctor”. Noté que su mano temblaba y aproveché para acariciársela. “No te preocupes, Patrick, el suero durará unas dos o tres horas, verás qué bien vas a dormir sin dolores”, lo reconfortó Cathérine. “Sí, voy a soñar con los angelitos”, dijo él guiñándome el ojo.

Mientras Cathérine introducía la aguja en la vena, Patrick hizo un gesto de dolor y un amago para soltar mi mano, pero se la mantuve

firme mientras ella colocaba todo el dispositivo y lo protegía con un vendaje. Lo que guardo de aquel momento es esa férrea lucha interna entre las dos mayores antagonistas: la vida y la muerte.

El sudor profuso de la mano reflejaba sin duda su lucha interna. En su mirada perdida, en aquellos ojos azules y amarillos, anegados por la ictericia, intuí la zozobra de la duda. Por una parte, la esperanza de una curación milagrosa, cuyo anhelo mitigaba acaso el sufrimiento en los días que se esfumaban para siempre. Por otra parte, la certeza que le confería la experiencia de saber que estaba a las puertas de una muerte inevitable.

Hice un esfuerzo para contener las lágrimas cuando se reprochó: “Bueno, perdonadme por el incordio, no soy un buen paciente. Estoy confuso y no sé muy bien ni lo que me conviene”.

Cathérine se acercó y le dio un beso en la frente. Yo le acaricié la mano y la solté con delicadeza. Patrick giró la cabeza hacia el lado opuesto y cerró los ojos. Su respiración era sosegada. Permanecimos unos instantes a su vera. Cathérine observó el fluir correcto del goteo. “Que duermas bien. Hasta mañana, Patrick”, dijo Cathérine con voz neutra, enmascarando su enorme dolor interno. “Hasta mañana y gracias”, respondió él con un hilo de voz.

Salimos de la habitación. Tras cerrar la puerta, la cabeza de Cathérine cayó como una losa sobre mi hombro. Abatida, intentaba ahogar los sollozos. “Lo he hecho por amor, Víctor”, murmuró entre lágrimas. “Gracias por tu valor”, respondí mientras nos ceñíamos en un intenso abrazo, como dos enamorados prometiéndose amor eterno. Desde el cuarto, en el fondo del pasillo, Hélène y Sylvie, cabizbajas, observaban nuestros pasos lentos hacia ellas, rompiendo el silencio sepulcral del pasillo. Cathérine dejó la bandeja en la encimera. Miró a los ojos a ambas compañeras. “Lo hice por amor”,

dijo entre sollozos, y las dos se abrazaron a ella enjugándose las lágrimas. “Gracias, Víctor,” me dijeron las tres. Ese terrible trance quedó grabado en mi alma para siempre.

Observé a través del ventanal, ensimismado, cómo la lluvia fina seguía purificando la atmósfera, cómo resbalaban por las hojas del sauce llorón las lágrimas silenciosas de la noche, cómo algunas hojas cobrizas caían levitando en dulce despedida para abrazar el césped, y cómo la tímida luz de las farolas creaba espejos en la noche, después, el silencio lo abrazó absolutamente todo.